



Lemir 16 (2012).— Textos: 585-604

ISSN: 1579-735X

El moro Abindarráez y la bella Xarifa,
y el alcaide de Álora y Antequera,
Rodrigo de Narváez

Edición de Girassol Sant'Ana

Criterios de edición

En esta edición he intentado ser lo más fiel posible al impreso de Miguel de Ferrer, de 1561, de la obra *El moro Abindarráez y la bella Xarifa, y el alcaide de Álora y Antequera, Rodrigo de Narváez*. Por este motivo el lector hallará distintas grafías de una misma palabra. También se ha mantenido la grafía original, aunque algunas palabras hayan sufrido pequeños cambios, como se explicará a continuación.

La acentuación, la puntuación, la colocación de pronombres y el uso de mayúsculas y minúsculas obedecen a las normas ortográficas actuales.

Las abreviaturas están todas desarrolladas.

Modernizo las grafías según los siguientes criterios:

1º) *u* y *v* se transcriben según sea su valor: vocálico en *u*, consonántico en *v*.

2º) *i* y *j* se transcriben según su valor: vocálico en *i*, consonántico en *j*.

Separo las palabras aglutinadas según la utilización actual. Agrupo aquellas palabras que en la actualidad están unidas, como por ejemplo los adverbios terminados en *mente*; *toda vía* por *todavía*; *por que* por *porque*; *aun que* por *aunque*; *de más* por *demás*; etc. No se mantiene la aglutinación entre preposición y pronombre o artículo.

Se ha intentado corregir los errores tipográficos que existían en la obra. Estas correcciones están indicadas en el texto entre corchetes y a pie de página aparece cómo está escrito en el original.

El ejemplar utilizado para este trabajo carecía de la primera página, por lo tanto, para que la obra pudiera ser editada por completo, se ha utilizado el texto que provenía del trabajo «*L'Abencérage. Un texte retrouvé*», de A. Rumeau¹.

1.- Rumeau A. «L'Abencérage. Un texte retrouvé». *Bulletin Hispanique*, 59-4 (1957), pp. 369-395. Disponible en: http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1957_num_59_4_3546, consulta realizada el 22/01/2012.

El moro Abindarráez y la bella Xarifa,
y el alcaide de Álora y Antequera,
Rodrigo de Narváez

/a_i r/Parte de la corónica del ínclito infante don Fernando que ganó a Antequera. En la qual trata cómo se casaron a hurto el Abendaraxe Abindarráez con la linda Xarifa, hija del alcayde de Coýn; y de la gentileza y liberalidad que con ellos usó el noble cavallero Rodrigo de Narváez, alcayde de Antequera y Álora, y ellos con él.

[a_i v] Al muy noble y muy magnífico señor, el señor Hierónymo Ximénez Dembún, señor de Bárboles y Huytura, mi señor

Como yo sea tan affectado servidor de vuestra merced, muy noble y muy magnífico señor, como de quien tantas mercedes tengo recebidas y a quien tanto devo, desseando que se ofreciesse alguna cosa en que me pudiesse emplear para demostrar y dar señal de esta mi affición, aviendo estos días passados llegado a mis manos esta obra, o parte de corónica que andava oculta y estava inculta —creo a falta de los escriptores— procuré, con fin de dirigirla a vuestra merced lo menos mal que pude, sacarla a luz, enmendando algunos deffectos de ella, porque en parte estava confusa y no se podía leer y en otras estava defectiva y las ora[cio]-/a_{ij} r/-nes cortadas y sin dar conclusión a lo que tratava. De tal manera que, aunque el proceso era apazible y gracioso por algunas impertinencias que tenía, la hazían insípida y dessabrida. Y hecha mi diligencia como supe, comunicada con algunos mis amigos, pareciome que les agradava y assí me aconsejaron y animaron a que la hize imprimir, mayormente por ser obra acaescida en nuestra España, la qual carece de cosas de esta qualidad, más por deffecto de [e]sriptores que de quien las aya obrado, como vuestra merced, a quien las musas son tan familiares.

Tuve entendido y no atreviéndome con mi flaca barquilla passar tan alta ribera, como es la de los detractores, sin el favor de quien puede ilustrar qualquier peregrino ingenio, atrevime a arrimarla a l[a] amena sombra de vuestra merced, debaxo de cuyo amparo gózase del fabor que por mi flaca musa no [a_{ij} v] merescía serle comunicado.

Suplico a vuestra merced humilmente, imitando al sol, el qual sin distinción de los buenos a los no tales comunica su luz, reciba esta obrezilla por suya y assí será reputada por buena. Y reciba este pequeño talento de quien siempre dessea servir a vuestra merced con aquel ánimo que se le ofrece, cuya vida con augmento de estado, en compañía de mi señora dona Blan[ca]² de Sessé, con los amados sucesores, felicíssimamente por luengos años nuestro señor conserve y guarde, como sus servidores desseamos.

2.- En el original: *blan*.

/a_{iii} r/ Comiença la obra

Dize la chrónica que en el tiempo del infante Don Fernando, que ganó Antequera, fue un cavallero que se llamó Rodrigo de Narbáez, notable en virtudes y hechos de armas. Éste hizo muchas vezes, peleando contra moros, cosas de mucho esfuerço y valentía. Mayormente en aquella impressa y guerra de Antequera, donde hizo cosas dignas de mucha memoria, sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerço por serle tan natural y cosecha, que le parece que todo lo possible es poco. No como aquellos romanos y griegos, que qualquier hombre que una vez se aventurava a morir, toda la vida le hazían immortal en sus escripturas y le querían deificar y trasladar en las estrellas.

Hizo este Cavallero en aquella guerra tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcayde de ella, porque, pues havia seydo tanta parte para ganalla, lo fuesse también pa-[a_{iii} v]-ra defendella. Hízolo también Alcayde de Álora. De suerte que tenía cargo de ambas fuerças, repartiendo el año en ambas partes y acudiendo siempre a donde avía más necessidad. Aunque a lo más ordinario residía en Álora y allí tenía siempre cincuenta escuderos hijosdalgo a los gages del rey para la defensa y seguridad de la fuerça. Y este número nunca faltava, como los quatrocientos immortales del rey, porque si moría o matavan alguno, luego ponían otro.

Tenían todos tanta virtud y esfuerço en su capitán, que ninguna empresa les era difícil. Y assí, en todos los rebates y escaramuças que tenían con los moros, ganava honrra y provecho de que andavan todos ricos y contentos siempre. Tenía el alcayde sus espías entre los moros, que le avisavan para lo que avía de hazer y assí no perdían coyuntura en offender a sus enemigos y defenderse de ellos.

Pues una noche acabando de cenar, que hazía tiempo muy sossegado, el alcayde dixo a todos ellos aquestas palabras:

[RODRIGO DE NARVÁEZ]. /a_{iii} r/.— Paréceme hijosdalgo, señores y hermanos, que ninguna cosa desprecian tanto los coraçones y ánimos de los hombres como el continuo exercicio de las armas. Porque con la experiencia se hazen captos y avisados y aprenden a tener un mismo rostro a la fortuna próspera como adversa. De suerte que en las adversidades el ánimo [ni] se enflaquece ni decae. Ni en las prosperidades se ensobervesce ni eleva. Y por esto está tan claro que, para provallo yo, no he menester testigos estraños, siendo vosotros tan verdaderos testigos de ello como por vuestras obras ha parecido y cada día parece. Digo esto, porque me parece que han passado muchos días en que no avemos hecho cosa que demos muestra de nuestras personas y nuestra fama y honrra se acreciente. Y sería yo dar mala cuenta de mí y del cargo que tengo si, tiniendo tan virtuosa y valiente compañía, dex[a]sse³ passar el tiempo en balde. Paréceme, señores, si os parece, pues la claridad de la noche nos combida, que sería bien dar a entender a nuestros ve-[a_{iii} v]-zinos que los que guardan a Álora no duermen. Agora que yo he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

3.- En el texto: *dexosse*.

Y callando el alcayde, luego todos a una boz dixeron que él ordenasse de ellos a su voluntad. Que todos le seguirían.

Oýdo esto por el alcayde y vista la buena voluntad y la affición que le tenían, dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Pues ágase assí señores: esta noche vamos sólos diez de nosotros, porque la fuerça quede guardada con los demás. Que a ellos ya quedará tiempo para emplear otras vezes.

Lo qual a todos ellos pareció muy bien. Y assí luego, nombrando el alcayde nueve de ellos, los que mejor le pareció. Aquellos nombrados luego se començaron de armar y, siendo armados y cavalgando en sus cavallos, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía por yr más secretos. Y a poco trecho que caminaron, llegando a donde el camino en dos partes se dividía, deteniendo el alcayde, les dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Ya podría ser que yendo todos juntos por un camino se nos fuesse la caça por el otro, si a caso la ay. /a_v r/ Parésceme será bien que nos apartemos y vosotros toméys este camino de la mano yzquierda y, con estos quatro, tomaré este otro. Y si a caso los unos toparen enemigos que no basten vencerlos, toque uno su cuerno y a la señal acudan los otros en⁴ su ayuda.

Y quedando en esto resolutos, el alc[a]yde⁵ tomó su camino y los otros tomaron el suyo. Y assí empeçaron a caminar.

Acaesció, pues, que yendo los cinco escuderos hablando en diversas cosas, el uno de ellos, que yva más delante, dixo:

[ESCUADERO].— ¡Teneos compañeros!, que o yo me engaño o viene gente por este camino.

Entonces todos parándose y escu[c]hando con mucha atención, sintieron lo mismo y metiéndose entre unas espessuras de árboles, que a una parte del campo se hazían, oyeron cerca el ruydo y mirando haz[i]a⁶ delante hasta poco, vieron venir por el camino donde ellos yvan, un gentil moro en un cavallo ruano. El moro era grande y parecía bien a cavallo. Y traía vestida una marlota de carmesí y un albornoz de damasco [a_v v] de la mesma color, todo bordado de hilo de oro y plata. En la cinta traía una hermosa cymitarra y traía una adarga grande y el braço derecho arremangado. Y en la mano, una hermosa y larga lança de dos hierros. Y en su cabeça, una rica toca tunezí, que dando muchas bueltas por ella, le servía de hermosura y defensa a su persona. Con muchos rapazejos de oro colgando y muchas perlas muy gruessas de que muy ermoso se devisava. En este hábito venía el moro mostrando muy gentil continente y cantava un cantar que conpuso en la dulce rememrança de sus amores que dezía:

Nascido en Granada
De una linda mora,
Criado en Cártama,
Enamorado en Coýn,
Frontero de Álora.

4.- En el original aparece una repetición de la preposición *en*.

5.- En el original: *alcoyde*.

6.- En el texto: *hazua*.

E como traía el corazón enamorado a todo lo que hazía y dezía, dava tanta gracia que los escuderos que le escuchavan, quasi como trasportados de verle y oír[l]e, herraron poco de dexarle passar. Pe-[a_{vj} r]-ro bueltos en sí, viéndole llegar cerca, salieron de la emboscada al raso y el moro, viéndose salteado, bolvió la cabeça con gentil ánimo y continente y apercibiéndose, aguardó lo que harían.

Pues estando assí, aguardando el moro, los quatro escuderos se apartaron a una parte y el uno de ellos solo se fue para él. Y entre los dos començaron a escaramuçar con mucha destreza, porque ambos lo hazían a maravilla bien. Mas como el moro fuese más diestro, dio al escudero dos lançadas que dio con él y con el cavallo mal herido en tie[r]ra.

Entonces, fueron dos de los escuderos juntos para el moro, pareciéndoles que era muy fuerte, y él començó a guardarse de ellos, porque lo apretavan mucho. Mas como él traía muy buen cavallo y sabía bien lo que avía de hazer, entrava y salía en ellos a su voluntad siempre que quería. Tanto que en poco espacio derribó al uno de ellos mal herido en tierra. Viendo los dos que quedavan en tales términos a su compañero solo con el moro y a los otros dos en tierra mal heridos, [a_{vj} v] no quisieron usar de más gentileza. Y assí fueron los dos que quedavan contra él. De suerte que ya contra el moro eran tres christianos. Que cada uno de ellos bastava para dos moros y todos juntos no podían contra aquél solo.

Y assí, allí se trabó una rezia escaramuça, porque ellos estaban affrontados de ver que un solo cavallero les durasse tanto. Y al moro le yva más que la vida en defenderse de ellos. Con esto andava la cosa muy reñida. A esta ora, el uno de los escuderos dio al moro una lançada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo, le huviera muerto. Y él con rabia de verse herido, bolviose contra el que le hirió y dióle una gran lançada que le entró por los pechos un grande palmo y dio con él en tierra a punto de muerte. Allí se le quebró la lança y se vio en muy grande peligro, pero como esforçado, se defendía varonilmente. En esto, de los dos escuderos que quedavan, el uno se fue para él con muy grande ímpetu y el otro, poniendo el cuerno en la boca, le tocó muy fuertemente para dar señal a los otros que con el alcayde yvan, [a_{vij} r] que les socorriessen. Y luego fue ayudar a su compañero.

El moro, que se vio en tal peligro, no punto desmayado ni descuidado de lo que hazer devía, viéndose sin lança, començose a retraer a una parte, como que desmayava, llevando tras sí los escuderos en seguimiento, los quales pensaron que huía. Y estando algo alongado de donde la escaramuça empeçó, puso con grande furia las piernas a su cavallo y vínose al escudero que primero derribara y como una ave se colgó del cavallo abaxo y le tomó la lança de tierra y con ella bolvió el rostro a sus enemigos.

Rodrigo de Narbáez y sus escuderos, que andavan a la otra parte y oyeron la señal de los otros sus compañeros barruntando la necessidad en que estaban, atravessaron a grande priessa el monte y fueron a llegar a ellos; pero Rodrigo de Narváez, que llebava mejor cavallo, se adelantó y llegó antes que ninguno de los otros. Y estando un poco parado, mirando la batalla, quedó es-[a_{vij} v]-pantado del moro, porque ya, de los cinco escuderos, tenía los quatro en tierra y traía al quinto ya quasi al mismo punto. El alcayde passando adelante dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Moro, ¡vente a mí! Y si me vences, yo te aseguro de los de más.

Con esto, el moro se fue para él y comenzaron a escaramuçar, usando cada uno de todo su poder y destreza. Duró la escaramuça muy gran rato, mas como el moro andava cansado y su cavallo herido en dos partes y el alcayde había venido de refresco y su cavallo holgado, dávale grande priessa. Tanto que ya no se podía mantener. Mas con grande furia, viendo que en esta batalla le yva la vida y contentamiento, esforçose mucho y dio al alcayde una grande lançada en la adarga, el qual, en recibiendo aquel golpe, arremetió al moro y diole una herida en el brazo derecho y, cevando con él, le trabó a braços y le sacó de la silla del cavallo y dio con él en tierra y siendo luego sobre él, le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Cavallero, date por mi prisionero, si no yo te mataré.

[ABINDARRÁEZ].— Matarme bien puedes, dixo el moro, que en tu poder me tienes. Mas no podría ven-[a_{vij} r]-cerme sino quien una vez me prendió.

El alcayde no lo entendió, aunque bien sintió que no sin mysterio dezía aquellas palabras y, usando en este punto de su virtud con el moro vencido, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dio el escudero en el muslo y de la del brazo que el alcayde le dio, aunque no eran grandes, con el cansancio y grande cayda, quedó muy quebrantado. Y tomó de los escuderos aparejo que siempre traían y él mesmo le apretó las llagas y se las ató. Y hecho esto, le hizo subir en un cavallo de uno de los escuderos y de esta manera, con él preso, se bolvieron el camino de Álora.

Pues yendo de esta manera todos juntos después de remediadas las llagas lo mejor que pudieron, el moro dio un grande suspiro y habló algunas palabras en algaravía, que nadie las pudo entender. El alcayde llevaba los ojos puestos en él y mirava el buen talle y disposición que tenía. Acordávase de lo que le vio hazer y paresciole que tan gran-[a_{vij} v]-de tristeza en un ánimo tan valiente no podía proceder de sólo la causa de su prisión ni de sus heridas, porque había visto ser pequeñas. Y por informarse d'él más por entero, le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Cavallero, mira que el prisionero que en su prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mira que en las guerras los cavalleros an de ganar y perder, porque los más de sus trances están sujetos a la ventura y paréceme flaqueza, quien hasta agora ha dado tan buena muestra de su esfuerço, la de agora a tan mala con un sentimiento tan crecido como el que hazéys. Si es del dolor de las llagas, a lugar ys donde seréys bien curado. Si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos quantos la siguen. Y si tenéys algún dolor secreto, fía de mí, que yo hos prometo, como hijodalgo, de guardárosle y hazer por remediarle lo que en mí fuere.

El moro, oyendo esto al alcayde, levantando el rostro que tenía inclinado al suelo, le dixo:

[ABINDARRÁEZ].— ¿Cómo hos llamáys cavallero?, que tanto sentimiento /b_j r/ mostráys de mi mal.

El alcayde le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— A mí llaman Rodrigo de Narvárez, soy alcaide de Antequera y Álora. No sé si me havéys oýdo nombrar.

Como esto oyó el moro, bolbió el semblante algo alegre y dixo:

[ABINDARRÁEZ].— Por cierto, agora pierdo parte de mi quexa, pues ya que mi fortuna me fue contraria, me puso en vuestras manos. Que aunque nunca hos vi sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud y experiencia de vuestro esfuerço. Y por que no me tengáys por tan flaco de ánimo que creáys que el dolor de las llagas y heridas, que se parecen, ni mi prisión me hazen sospirar; y también porque pienso que en vos cabe muy bien qualquier secreto, mandad apartar vuestros cavalleros y hablaros he dos palabras.

Entonces el alcaide los hizo apartar y quedando él y el moro solos, hechando el moro un grande suspiro, le dixo así:

[ABINDARRÁEZ].— Rodrigo de Narvárez, alcaide tan nonbrado de Álora, está atento a lo que te dixere y verás si bastan las cosas de mi fortuna a derribar un coraçón de un hom-[b_jv]-bre cativo como yo y aun más fuerte.

A mí me llaman Abindarrárez el moço, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrages de Granada, de los quales creo [qu]e muchas vezes abrás oýdo dezir. Y aunque me bastava la lástima presente, sin acordarme de las passadas, todavía tengo por bien de contarte esto que agora oyrás.

Huvo en Granada un linage de cavalleros que llamaron los Abencerrages, que eran gloria y dechado de todo aquel reyno. Porque en gentileza de sus personas, gracia de sus hechos y esfuerço de sus ánimos y coraçones, se aventajavan de todos los otros cavalleros, de los quales, eran bie[n]quistos de toda la gente por su muy crescida virtud. En todas las escaramuças en que entravan salían vencedores. En todos los rezojijos de cavallerías se señalavan. En todo lo que dezían y hazían se abentajavan de todos los otros. Dízese que nunca uvo Abencerrage que fuesse escaso ni cova[r]de⁷, ni de mala disposición. Ellos inventavan las galas y las devisas /b_{ij}r/ y trages, las discretas bordaduras y las nuevas invenciones. Concertavan las músicas, asonavan las dulces canciones, componían los lindos romances. Finalmente, por ellos se podía bien dezir que en ejercicios de paz y de guerra eran la mesura y delicadez de todo aquel reyno. Nunca Abencerrage sirvió dama de que no fuesse favorecido. Ni se tenía por dama la que no tenía [A]bencerrage⁸ por servidor. Quiso la fortuna, embidiosa de su bien, que de aquella excelencia cayessen de la manera que [a]gora⁹ oyrás.

El rey hizo a dos de estos Abencerrages, los que más valían, un notable agravio, movido de falsa información que de ellos tuvo. Y quisose dezir, aunque yo no lo creo que por vengarse de él estos dos y a su instancia otros diez, que fueron por todos doze, se conjuraron de matar al rey y repartir el reyno entre ellos, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo falsa o verdadera, entendida por el rey, y queriendo poner en execución el castigo de ella, mandó que fuessen presos los Abencerrages. Y por no es-[b_{ij}v]-candalizar el reyno que tanto los amava, acordó de hazerlos degollar luego. Porque

7.- En el texto: *covande*.

8.- Con error tipográfico en el original: *obencerrage*.

9.- En el texto: *ogora*.

a no hazerse assí y dilatarse la justicia, no fuera el reyno poderoso de hazerla executar, porque se alborotara en su favor, no solo la cibdad, pero todo el reyno, de que se causara una notable sedición.

Pues llevándolos a justiciar, era muy grande lástima ver los llantos que por ellos se hazían y las lágrimas que se vertían por toda la ciudad. Bien assí como si por todas partes se abrasara o de enemigos se entrara.

Ofreciéronse al Rey grandes thesoros por sus rescates. Comúnmente, todos con mucha humildad por sus vidas suplicavan. Mas él, aun escu[c]har no lo quiso. Desde que la gente se vio sin esperança de sus vidas, començó de nuevo a entristecerse y llorarlos. Llorávanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron. Llorávanlos sus parientes y []¹⁰ amigos. Llorávanlos, enffín, las damas a quien servían. Y toda la gente común levantavan un grande y contino alarido, de manera que, si a precio de lágrimas /b_{ij} r/ uvieran de comprar sus vidas, nunca murieran los Abencerrages tan miserable muerte como murieran.

El rey, que a todo esto avía cerrado los oýdos del entendimiento, mandó executar la sentencia. Y assí se hizo, que de todo aquel linage no quedó hombre que no fuesse degollado. Salvo mi padre y un tío mío, a quien dizen que hallaron inocentes de aquel delicto.

Bien has oýdo en qué paró tan buen linage y tan preciados cavalleros como en él avía. Considera, pues, quánto tarda la fortuna en subir a un hombre y quan presto lo derriba. Quánto tarda un árbol en crescer y quán presto un viento los derriba. Con quánta dificultad se edifica una casa y quán presto es abrasada. Quantos podrían escarmentar en cabeças de aquellos desventurados cavalleros, pues siendo sin culpa, estando tan bienquistos, no sólo en la cibdad y reyno, pero aun de su mismo rey y siendo ellos tantos y tales sus personas, padecieron con público pregón. Sus casas fueron der[r]ibadas por el suelo, sus haziendas y bie-[b_{ij} v]-nes confiscados y sus nombres, que es lo peor, dados y publicados en el reyno por traydores.

Resultó de este caso que ningún Abence[r]age pudiesse más bivar dentro en Granada, salvo mi padre y tío. Con condición que si tuviessen hijos, a los varones embiasen, en naciendo, a criar fuera de la cibdad para que nunca más bolviesse a ella, y a las hembras, en siendo de edad, las casassen fuera del reyno.

El alcayde, que le estava mirando con quanta passión contava su desdicha, le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Por cierto, cavallero, vuestro cuento es estraño y la injuria que se hizo a esos cavalleros es grande. Porque no se ha de creer que siendo ellos tales, acometiessen trayción.

[ABINDARRÁEZ].— Es como yo digo, —dixo el moro—. Pero aguarda y verás cómo desde allí todos los Abencerrages fuimos desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre y por cumplir el mandamiento del rey embiáronme a criar a una frontera de christianos que se llamava Cártama. Y mi padre me encomendó al alcayde de ella, con quien tenía antigua amistad.

10.— En el original: a.

Este alcaide tenía /b_{iii} r/ una hija, assí de mi edad, sola a quien quería más que a sí, porque aliende de ser sola y hermosíssima, le costó la muger, la qual murió de su parto. Ella y yo, en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque assí nos oýamos llamar. Nunca me acuerdo en aquella hedad haverse passado ora que no estu[v]iésemos juntos. Juntos nos criamos, juntos andávamos, juntos comíamos y bevíamos, sin diferencia alguna. Naciones de esta conformidad un natural amor que fue siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdomme que una siesta entrando yo en la huerta, que dizen de los jazmines, la hallé junto a una clara fuente que allí ay, compiñendo sus hermosos cabellos y mirela espantado de su hermosura. Y viéndola, pareciome a Salmacis que se bañava en la fuente, y dixé entre mí: ¡O quién fuesse Troco! Para poder siempre estar junto con esta hermosa Nimpha. No sé como me pesó, porque era mi hermana.

Yo, no aguardando más, me fu[i]¹¹ luego para allá, la qual quando me vio, con los braços abiertos me salió a rescebir. Y [b_{iii} v] sentándome junto consigo, me dixo:

[XARIFA].— Hermano mío, ¿cómo me dexastes tanto tiempo sola?

Yo le respo[n]dí:

[ABINDARRÁEZ].— Señora mía, antes a gran rato que os he buscado y nunca hallé quien me dixesse dónde estávades. Hasta que mi corazón me lo adevinó. Mas dezidme agora, ¿qué certinidad tenéys vos, mi bien, que seamos hermanos?

[XARIFA].— Yo, dixo ella, no otra más del grande amor que os tengo y ver que hermanos nos llama mi padre.

[ABINDARRÁEZ].— ¿Y si no fuéramos hermanos?, dixé yo, ¿quisiéradesme tanto?

[XARIFA].— No veys, dixo ella, que a no serlo, no nos dexarían andar siempre juntos y solos.

[ABINDARRÁEZ].— Pues si esse bien me avían de quitar, —dixé yo—, más quiero el mal que tengo.

Entonces ella, encendiendo su hermoso rostro en color, me dixo:

[XARIFA].— ¿Y qué perdéys vos en que seamos hermanos?

[ABINDARRÁEZ].— Pierdo a vos y a mí, dixé yo.

[XARIFA].— No os entiendo, respondió ella con gran vergüença. Mas a mí pareceme que sólo serlo, nos obliga a amar naturalmente.

[ABINDARRÁEZ].— A mí sólo vuestra hermosura me obliga, dixé yo. Que antes essa hermandad me parece que me refría.

Y con esto, abaxando mis /b_v r/ ojos de empacho de lo que le dixé, vila en las aguas de la fuente al propio como ella era y a qualquiera parte que me bolv[í]¹² hallava su ymagen en mis entrañas transformada. Tan al natural quanto a ella natura debuxó. Y decía yo entre mí: «Si yo me anegasse agora en esta clara fuente, donde veo mi señora y mi diosa, quán más desculpado moriría que murió Narciso. Y si ella me amase como

11.— En el texto: *fue*.

12.— En el original: *bolu a*.

yo la amo, qué dichoso sería yo. Y si la fortuna nos permitiese bivar ambos juntos, qué sabrosa vida sería la mía».

Estas palabras me dezia yo a mí mismo y pesárame infinito que otro alguno las oyera. Y diziendo esto, levanteme. Y bolviendo las manos a unos jazmines de que la fuente estava rodeada y mezclándolas con arrayanes, hize una hermosa guirnalda y, poniéndola sobre mi cabeça, bolbí a ella coronado y vencido de su hermosura. Entonces puso los ojos en mí. A mi parecer más dulcemente que solía. Y quitándome la guirnalda, la puso sobre su hermosa cabeça. Pareciome en aquel punto más hermosa que la [b_v v] Venus quando salió al juyzio de Paris sobre la mançana con las otras dos deesas, de las quales llevó la mejoría en hermosura. Y bolviendo el rostro a mí, con mucha gracia sonriéndoseme, dixo:

[XARIFA].— ¿Qué te parece Abindarráez?

[ABINDARRÁEZ].— Paréceme, le dixé, que acabáys de vencer el mundo y que hos coronan por señora de él.

Entonces levantándose, me tomó por la mano y me dixo:

[XARIFA].— Si esto fuera, hermano, perdiérades vos nada.

Yo, sin le poder responder de rendido, la seguí hasta que salimos de la huerta.

Esta graciosa vida truximos mucho tiempo. Hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela. Que como fuymos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella, no sé yo que sintió de ello al principio, mas yo, nunca mayor contentamiento recibí. Aunque después, acá bien lo he pagado.

En el mesmo instante que fuymos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se començó a da-[b_{vj} r]-ñar y convertir en una ravisosa enfermedad. Que creo que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que escusar, porque el principio de nuestros amores fue un gusto y deleyte, fundado sobre bien querer simplemente y sin cautela. Mas después no vino el mal poco a poco, sino de golpe y todo junto. Yo tenía mi contentamiento puesto en ella y mi alma hecha a su medida. Todo lo que veía fuera de ella me parecía feo, escusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella, tanto que muchas vezes lo levantava a entender cuál había seydo su hazedor, para adorarle por supremo bien.

En este tiempo, nuestros passatiempos eran diferentes de los passados. Assí, por estar ya divisos de aquel contino andar juntos, como aun porque no podíamos tan a menudo comunicar nuestros ardentísimos desseos, ya yo la mirava con recelo de ser sentido. Ya tenía imbidia del sol y de los planetas que la veían; de la tierra que pisava; de la cama donde dormía; de los [b_{vj} v] criados con quien comunicava; del manjar que comía; del agua que bebía; del camino por donde andava; finalmente, de todos los que la veían. Todo me hazía guerra. Su presencia me lastimava. Su ausencia me enflaquecía. Pero creo que de todo esto en nada me era deudora, porque por ygual medida me pagava. Quiso la fortuna imbidiosa y mi desagradescida suerte de nuestra dulce vida quitarnos y de nuestro contentamiento, como agora oyrás.

El rey de Granada, por mejorar encargo al alcayde de Cártama, imbióle a mandar que luego dexasse aquella fuerça y se fuesse a Coýn, que es aquel lugar frontera de Álora, y me dexasse a mí en Cártama, en poder del alcayde que a ella viniessse. Sabida ésta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos, si algún tiempo fuystes enamorado, lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamento, donde algunas vezes nos aco-[b_{vij} r]-stumbrávamos ver, a comunicar nuestras lastimadas querellas. Yo la llamava «Señora mía», «alma mía», «sólo bien mío» y otros dulces nombres que el amor me enseñava.

[ABINDARRÁEZ].— Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿tendréis alguna vez memoria de este vuestro cautivo?

Aquí, las lágrimas y suspiros me atajavan las palabras. Yo, esforçándome para dezir más, malparía algunas razones turbadas de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria tras sí. Pues quien os contara lo que ella hazía, aunque a mí, siempre me parecía poco. Dezíme mil dulces palabras, que aun hasta agora me suenan en los oýdos. Y en fin, porque no nos sintiessen, despedímonos con muchas lágrimas y solloços, dexando cada uno al otro por prenda un abraçado con un suspiro arrancado de las entrañas. Y no os queriendo partir, por que ella me vio con señales de muerte y con nescsidad de mayor socorro del que me hazía, me dixo:

[ABINDARRÁEZ].— Abindarráez, a mí se aparta el alma en apartarme de ti y porque siento de ti [b_{vij} v] lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte. Tuya es mi alma, tuya será mi vida y mi honra y mi hazienda. Y para confirmación de esto, allegada que sea en Coýn, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte o por indisposición o ausencia suya, como yo lo desseo, yo te avisaré. Yrás donde yo estuviere y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo debaxo de nombre de esposo. Que todo lo demás, muchos días ha que es tuyo.

Con esta promessa mi coraçón se assossegó y besele las manos por la merced que me hazía. Ellos se partieron otro día. Yo me quedé, como quien caminando por unas ásperas y fragosas montañas se le pone el sol y viene una oscura y tenebrosa noche. Comencé a sentir su ausencia muy ásperamente. Y yva buscando falsos remedios a mi tristeza. Mirava las ventanas donde solía ponerse, y la cámara donde solía dormir, y el jardín donde las siestas reposava, y las aguas y fuentes donde se bañava. Y an-[b_{vij} r]-dava todas estas y otras muchas estaciones¹³, y en todas ellas no hallava sino representaciones de más fatiga. Verdá es que la esþeran[ç]a, que me dio de llamarme, me sostenía. Y con ella, engañava parte de mis trabajos, aunque algunas vezes, de ver dilatar tanto mi llamamiento, me causava muy execiva pena, en tanto que holgara, aquel tiempo que tardava, passarlo en sueño, aunque con ello perdiera la memoria que de mi señora, en tanto, podía tener. Que era el mayor bien de que entonces gozava.

Pues quiso mi suerte que ésta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien mucho se fiava. Porque su padre era partido a Granada al llamado del Rey para bolver luego. Yo, resuscitado con esta buena nueva, apercebime para caminar y dexando que viniessse la noche, por salir más secreto,

13.— En el original aparece con error tipográfico: *estãciones*.

púseme en el hábito que me topastes, por mostrar a mi señora el alegría de mi coraçón. Por cier-[b_{vij} v]-to, no creo yo que bastaran diez cavalleros juntos a tenerme campo, porque conmigo traía a mi señora; y si vos me vencistes, no fue por esfuerço, que no es possible, sino que mi corta suerte quiso atajarme tanto bien. Piensa y considera agora el fin de mis palabras y el bien que perdí y el mal que tengo.

Yo yva de Cártama a Coýn, breve jornada, aunque el desseo la hazía larga en demasía, el más ufano Abencerraje que nunca se vio. Yo yva al llamado de mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Veo que agora: herido, vencido y captivo. Y lo que más siento es que el camino y coyuntura de todo mi bien se me acaba esta noche.

Déxame, christiano, consolar entre mis suspiros y no lo juzgues a flaqueza de ánimo, pues fuera muy mayor flaqueza tener ánimo en un tan reguroso trance.

Lo qual acabando de dezir, el moro abaxó la cabeça, haziendo de sus ojos un arroyo de lágrimas, tal que el más empedernido coraç[ó]n¹⁴ hiziera ablandar.

/c_j r/ Rodrigo de Narbáez quedó espantado y apiadado del estraño acaescimiento del moro y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa podía más dañar que la dilación, con alegre semblante le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Abindarráez, yo quiero que veas que puede más mi virtud que tu mala fortuna. Si tú me prometes, como cavallero, de bol[v]er a mi prisión dentro de[l] tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino. Porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

El Abencerraje, que esto le oyó, quisosele echar a los pies para se los besar y díxole:

[ABINDARRÁEZ].— Alcayde de Álora, si vos esto hazéys, a mi me daréys la vida y abréys echo la mayor gentileza de coraçón que ningún cavallero hizo jamás. Porque en detenerme, se me seguiría gran daño. Toma de mí la seguridad que quisieres para lo que me pedís, que yo cumpliré lo que con vos assentare.

Entonces, Rodrigo de Narbáez llamó a sus escuderos y díxoles de esta manera:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Se[ñ]ores, fiad de mí aqueste prisionero. que yo salgo por fiador de su rescate.

Ellos dixen-[c_j v]-ron que ordenasse de él a su voluntad. Luego, el Alcayde, tomando de la mano derecha al Abencerraje, dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Vos, ¿prometéysme como cavallero de venir a mi castillo de Álora a ser mi prisionero dentro del tercero día?

Y él dixo:

[ABINDARRÁEZ].— Sí, prometo.

Y el alcayde le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Pues, ¡yd con la buena ventura! Y si para vuestro negocio tenéys necesidad de mi persona o de otra cosa alguna, también lo haré.

14.— En el original: *coraçan*.

Y el moro, diziendo que se lo agradecía, tomó un cavallo que le dio, porque el suyo quedó herido. Assí se fue camino de Coýn a mucha priessa. Rodrigo de Narváez y los cavalleros se bolvieron a Álora hablando en la batalla y en la bu[e]na manera del moro.

Pues con la priessa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coýn y, yéndose derecho a la fortaleza como le fuera mandado, rodeola toda hasta que halló una puerta falsa que en ella avía. Y deteniéndose allí un poco, reconoció todo el campo por ver si avía algo /c_{ij} r/ de qué guardarse. Y desde que lo vio todo seguro, tocó con el cuento de la lança en la puerta, porque aquella señal le avía la dueña dado que le fue a llamar, y luego ella misma le abrió y le dixo:

[DAMA].— ¡O señor mío!, que vuestra tardan[z]¹⁵ nos ha puesto en grande sobresalto. Mi señora a rato que os aguarda. Apeaos y subiréys a donde ella está.

Y él se apeó de su cavallo y lo puso en un lugar, el más secreto que halló, y arrimando su lança con su adarga y cimitarra, llevándolo la dueña por la mano lo más passo que pudieron por no ser sentidos de la gente del castillo, subieron por [la]¹⁶ escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Xarifa, que assí se llamava la dama. Ella, con la mayor alegría del mundo, le salió a recibir y ambos se abraçaron sin poderse hablar palabra del sobrado contentamiento que tenían. Hasta que ya tornando en sí, ella le dixo:

[XARIFA].— ¡En qué hos avéys detenido tanto, señor mío?, que vuestra tardança me ha pu[e]sto en muy grande confusión.

[ABINDARRÁEZ].— Ánima mía, dixo Abindarráez, vos sabéys muy bien que por mi ne-[c_{ij} v]-glicencia no avrá seydo, mas no siempre suceden las cosas como los hombres dessean.

Ella le tomó por la mano y le metió en una cámara secreta, adonde le aguardava, y sentándose sobre una cama que en ella avía, le dixo:

[XARIFA].— Mi querido Abindarráez, mira en qué manera cumplen las cautivas de amor sus palabras, porque desde el día que te la di por prenda de mi coraçón, he buscado aparejos para cumplírtela. Yo te he mandado venir a este castillo para que seas mi prisionero, como yo lo soy tuya. Hete traydo aquí para h[acer]te¹⁷ señor de mi persona y de la hazienda de mi padre debaxo de nombre de esposo. Que de otra manera ni mi estado ni tu lealtad lo consentirá. Bien sé yo que esto será m[uy] contra la voluntad de mi padre, que temo no tiene conocimiento de tu valor como yo. Querrá darme marido más rico de hazienda. Pero yo más quiero [tu]¹⁸ persona y mi contentamiento que quantas riquezas ay en el mundo.

Y en diziendo esto, abaxó la cabeça, mostrando un cier-/c_{ij} r/-to empacho de averse descubierto tanto. El moro la tomó entre sus braços y besándole muchas vezes las manos por la merced que le hazía, le dixo:

15.- Claro error tipográfico: *tardanda*.

16.- En el original: *el*.

17.- Difícil lectura en el original.

18.- Parte ilegible en el original.

[ABINDARRÁEZ].— Señora de mi alma, que este nombre no se me a cayó desde el día que por vuestro me ofrecí. En pago de tanto bien como me hazéys, no tengo que daros de nuevo, porque todo soy vuestro. Sólo os doy esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa y con esto podéys perder el empacho que cobrastes quando me recibistes por tal.

Y así, le dio un muy rico joyel que traía y ella hizo lo mismo a él. Y con esto, acostáronse en la cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus coraçones. En aquella empresa passaron muy amorosas obras y palabras. Las¹⁹ quales son más para callar que para escriptura.

Pues ya que gran parte de la noche estuvieron los dos nuevos desposados regozijándose, así con obras como con muy dulces y enamoradas palabras, el moro tras de esta alegría, le vino un pro-[c_{iii} v]-fundo pensamiento. Y dexándose elevar de él, púsose muy triste. Tanto, que la hermosa Xarifa lo sintió. Y de ver tan súbita novedad, quedó muy turbada. Y estando atenta, sintió al moro dar unos profundos suspiros, rebolviendo el cuerpo a todas partes. Pues no pudiendo la dama más sufrir tan grande ofensa, como aquella a su parecer era, levantándose un poco en la cama, se assentó y le dixo:

[XARIFA].— ¿Qué es esto Abindarráez, vida²⁰ mía? Paréceme que te has entristecido con mi alegría. Yo te oygo sospirar y dar solloços, rebolviendo el cuerpo y coraçón a muchas partes. Pues si yo soy todo tu bien, ¿cómo sospiras, como tú publicas, por quien sospiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si as hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, la qual basta para encubrir muchas faltas. Y si sirves a otra dama, dime quién es, para que yo la sirva juntamente con vos. Y si tienes otra fatiga de arte que no sea yo ofendida, dímela lueg[o], que o yo moriré o te sacaré de ella.

Y tirando de él con una fuerça amorosa, [c_{iii} r] le bolvió a sí, porque estava de espaldas. El Abindarráez entonces, confuso de lo que avía hecho, paresciéndole que no declararse sería dar a la dama ocasión de grande sospecha donde no la avía, con un muy apassionado suspiro le dixo:

[ABINDARRÁEZ].— Señora mía y todo mi bien, si yo no os quisiera más que a mí, no uviera hecho este sentimiento. Porque el pesar que yo traía conmigo, suffríale con buen ánimo quando andava por mí sólo. Mas ahora que estoy obligado a apartarme de vos, en quien consiste mi vida y contentamiento, no tengo fuerças para suffrillo y porque no estéys más suspensa ni turbada sin saber lo que passa, quiero daros cuenta de todo.

Luego le contó todo su hecho, sin que faltasse nada. Y en fin de sus palabras, le dixo:

[ABINDARRÁEZ].— De suerte, señora mía, que vuestro captivo Abindarráez lo es también del alcaide de Álora. Yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñastes a mi coraçón a sufrir trabajos y penas incomportables. Mas bivar sin vos tendré por la misma muerte. Y en esto veréys que mis suspiros más [c_{iii} v] se causan de lealtad que de falta de ella. Y con esta, se bolvió a poner muy triste.

19.— Parte de difícil lectura en el original.

20.— Palabra de difícil lectura en el original.

La linda Xarifa entonces, con un semblante alegre, le dixo:

[XARIFA].— No os congoxéys Abindarráez, vida mía, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra fatiga, porque a mí me cumple más que a vos. Más yo digo assí, que qualquier prisionero que aya dado palabra de bolver a la prisión, cumple con embiar el rescate que se le podía pedir. Y para esto, ponelde vos, señor, el nombre que quisieredes, que yo tengo las llaves de todas las riquezas de mi padre. Yo las pondré todas en vuestro poder y embiad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narbáez es buen cavallero y os dio una vez libertad y os fió este negocio, lo que [a] él le obliga a usar con vos de mayor virtud. Yo bien creo que él se contentara con esto, pues teniéndoos en su poder, ha de hazer lo mesmo.

El Abencerrage Abindarráez le respondió:

[ABINDARRÁEZ].— Bien parece, señora mía, que el muy grande amor que me tenéys no os dexa aconsejarme /c_v r/ bien. Por cierto, no caeré en tan grande hierro como este. Porque si quando venía a berme con vos, por mí sólo estava obligado a cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro, la tengo doblada para cumplirla y bolver a Álora y ponerme en las manos del alcayde de ella. Y tras de hazer yo lo que devo, haga mi fortuna lo que quisiere.

[XARIFA].— Pues nunca Dios quiera, dixo la hermosa Xarifa, que yendo vos presso quede yo libre, pues no lo soy. Yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo ni el miedo que he cobrado a mi padre de averle offendido, consintirán hazer otra cossa.

Entonces Abindarráez, llorando de contentamiento, la abraçó muy estremadamente y le dixo:

[ABINDARRÁEZ].— Siempre vays, señora mía, acrecentándome las mercedes. ¡Hágase lo que vos querréys, que assí lo quiero yo!

Pues con este acuerdo, antes que fuesse de día se levantaron y, proveyéndose de las cosas necessarias, partieron muy encubiertamente para Álora, llevando [c_v v] la linda Xarifa el rostro cubierto por no ser conocida. Pues con la prissa que llevavan, llegaron [a] Álora y yéndose derechos al castillo, la puerta fue luego abierta por las guardas, las quales ya tenían noticia de todo lo passado; y un hombre de ellos fue corriendo al alcayde y le dixo:

[GUARDIA].— Señor, en el castillo está el Abencerraje que prendiste y trae consigo una gentil dama.

Al alcayde le dio el coraçón lo que podía ser. Y luego abaxó abaxo al patio el Abencerraje. Tomó por la mano a su esposa, yéndose para el alcayde le dixo:

[ABINDARRÁEZ].— Rodrigo de Narváez, ¿mira si te cumplo bien mi palabra? Pues te prometí de bolver un presso y te traygo dos. De los quales, el uno solo basta a prender a otros muchos. ¡Cata aquí mi señora! Juzga si, padesciendo con justa causa, recebimos por tuyos. Que yo fío mi persona y honrra de tus manos.

El alcayde holgó mucho de verlos y dixo a la dama:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Señora, yo no sé qual de vosotros deve al otro más, empero, yo devo mucho a entrambos. ¡Venid y reposaréys en vuestra casa! Y tenel-/c_{vj}r/-da de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

En esto, subieron a su aposento y luego comieron y reposaron, porque venían cansados. El alcayde preguntó al Abencerraje qué tal venía de sus llagas.

[ABINDARRÁEZ].— Parésceme, señor, que con el caminar y no averme curado, las traygo enconadas.

Y con algún dolor, la hermosa Xarifa muy alterada le dixo:

[XARIFA].— ¿Qué es esto señor mío?, ¿y llagas tenéys de que yo no sepa?

Díxole él:

[ABINDARRÁEZ].— ¡Quien escapó de las vuestras, en poco terna todas las otras! Verdad es que de la escaramuça de la otra noche saqué dos pequeñas heridas. Y el camino y no averme curado me ha hecho algún daño. Pero no es nada.

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Bien será, dixo el alcayde, que os acostéys y venga un buen çurujano, que en el Castillo ay, para que os cure.

Luego, la linda Xarifa lo hizo desnudar, todavía muy alterada. El çurujano vino y, mirándole las heridas, dixo que no hera nada. Y con un ungue[n]to le quitó el dolor. Y de ay a tres días estuvo muy bueno.

[c_{vj}v] Acabando un día de comer, el Aben[ce]rraje²¹ dixo al alcayd[e]²² estas palabras:

[ABINDARRÁEZ].— Rodrigo de Narváez, según heres discreto por la manera de mi venida, abrás entendido lo demás. Yo tengo esþerança que este negocio, que tan dañado estar parece ahora, se remediará por tus manos. Esta dama es la hermosa Xarifa, de quien te dixes, y mi esposa. No quiso quedar en Coýn de miedo de su padre, porque aunque él no sabe lo que ha passado todavía, se temió que este caso podría ser descubierto. Su padre está ahora con el Rey de Granada. Yo sé que el rey te ama por tu gran virtud. Aunque eres christiano, suplicote que alcances de él que nos perdone por averse hecho esto sin que él lo supiesse y pues la fortuna lo traxo por este camino.

El alcayde le dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Consolaos, que yo os prometo de hazer todo quanto pudiere sobre este negocio.

Y con esto, tomando tinta y papel, escribió una carta al rey que [a]ssí²³ dezía:

Muy poderoso Rey de Granada:

El alcayde de Álora, Rodrigo de Narvá-/c_{vj}r/-ez, tu servidor, besa tus reales manos y digo que el Abencerraje Abindarráez, que nació en Granada y se crió en Cár-tama en poder del alcayde de ella, se enamoró de la hermosa Xarifa, su hija. Después

21.- En el original: *Abençarraje*.

22.- En el texto: *Alcaydo*.

23.- En el original: *essi*.

tú, por hazer al alcayde merced, le passaste a Coýn. Los enamorados, por asegurarse, desposáronse entre sí. Y llamado él, por la ausencia del padre de ella, que contigo tienes, fue a su fortaleza y yo le encontré en el camino. Y en cierta escaramuça que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por prisionero. Y contándome su caso, apiadado de él, le hize libre por dos días. Él fue y se vino con su esposa, de suerte que en la jornada perdió su libertad y cobró la amiga. Viendo ella, que el Abencerrage bolví a mi prisión, quiso bolver con él. Y assí, están agora los dos en mi poder.

No te ofenda el nombre de Abencerrage, que yo sé que éste y su padre fueron sin culpa del delicto que contra tu real persona se quiso cometer y en testimonio de ello biven. Suplico a tu alteza, el remedio de estos tristes se reparta entre [c_{vij} v] ti y mí. Yo perdonaré el rescate de él y le soltaré graciosamente. Manda tú al padre de ella, que los perdone y resciba en su gracia. Y en esto harás lo que de virtud y grandeza espero.

Con esta carta, despachó uno de sus escuderos, el alcayde Rodrigo de Narváez, para el rey de Granada. El qual llegó ante el Rey y se la dio con el acatamiento devido. Y él la rescibió. Y sabiendo cuya era, se holgó mucho, porque a esse solo Christiano amava por su persona y virtud. Y en leyendo la carta, bolvió el rostro y vio al alcayde de Coýn. Y tomándolo aparte, le dio la carta y él díxole:

[REY DE GRANADA].— ¡Lee luego essa carta!

El alcayde la leyó y en viendo lo que passava, recibió muy grande alteración. Entonces el rey le dixo:

[REY DE GRANADA].— ¡No te congoxes alcayde!, aunque tengas razón para ello. Porque ninguna cosa me pedirá el Alcayde de Álora que pudiéndolo yo hazer, no lo hiziesse. Y assí, te mando que sin dilación vayas a Álora y perdones tus hijos y los lle-[c_{vij} r]-ves a tu casa. Que en pago de este servicio que me harás, yo te haré siempre mercedes.

El alcayde de Coýn lo sintió en el²⁴ alma, mas viendo que no podía hazer otra cosa, bolvió de buen continente y dixo que assí lo aría. Y luego se partió y llegó a Álora, donde ya por el escudero que a Granada había ydo, sabían lo que passava. Y fue el alcayde de Coýn rescibido con mucha alegría. El Abencerraje y su esposa parecieron ante él con harta verguença y le besaron las manos. Y él los recibió muy bien y les dixo:

[ALCAYDE DE COÝN].— ¡No se trate aquí de cosa passada! El rey me mandó que hiziesse esto. Yo hos perdono el haveros casado sin que yo lo supiesse, que en lo demás hija, vos escogistes mejor marido que yo hos lo pudiera dar.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de lo que passava. Y los desposados nunca cesavan de hecharle bendiciones.

Al alcayde de Coýn, hazían muchas fiestas y banquetes en tanto que en Álora estava. Un día, acabando de comer, [c_{vij} v] Rodrigo de Narváez dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Yo tengo en tanto haver sido alguna parte para que este negocio haya llegado a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera agora hazer más alegre. Y assí digo que sola la honrra de averos tenido por mis prisioneros quiero por

24.- En el original: *ell*.

premio del rescate de esta prisión. Vos, señor Abindarráez, de oy más, soys libre para hazer de vos lo que hos pluguiere.

El Abindarráez se lo tuvo en mucho y con palabras de muy buena criança le agradesció la liberalidad que con él usava. Y assí, de allí adelante, entendieron en adereçar para partirse. Lo qual hizieron dende a pocos días, acompañándolos Rodrigo de Narváez. Siempre los desposados contando y engrandesciendo la mucha magnificencia y liberalidad que con ellos había usado. Salieron, pues, de Álora muy acompañados. Y llegando a Coýn, donde se hizieron grandes regozijos y fiestas a los desposados.

Pues un día, tomándolos a parte el alcayde de Coýn a los desposados, después de ya ser buelto Rodrigo de Nar-[d,r]-váez a Álora, les dixo:

[ALCAYDE DE COÝN].— Hijos, agora que soys señores de mi hazienda y estáys en sosiego, es razón que cumpláys con lo que devéys a Rodrigo de Narváez, alcayde de Álora. Que no por aver seydo con vosotros tan magnífico y virtuoso y aver usado de tanta liberalidad y gentileza, pierde el derecho de vuestro rescate. Antes se le deve por ello doblado y muy mayor. Yo os quiero dar quatro mil doblas zaenes. ¡Embiádselas y tenel-de de aquí adelante por amigo!, aunque las leyes sean diversas y diferentes.

El Abencerrage le besó las manos y se lo agradesció mucho. Y tomando las quatro mil doblas y seys cavallos muy hermosos, y seys adargas y seys lanças con los hierros de aspa dorados y acecalados muy hermosos, que era suficiente premio para qualquiera príncipe, los embió a Rodrigo de Narváez, agradeciéndole la liberalidad que con él avía usado. El qual, por no caer en caso de mala criança, lo rescibió con embiarles las gracias que de tal presente enbiarse devían.

[d,v] De allí a pocos días, Rodrigo de Narváez, no queriendo que en la liberalidad se le aventajassen el alcayde de Coýn ni sus hijos, como aquel que era de ánimo invencible y en todo cumplido, haviendo antes adereçado lo que hazer entendía, llamó quatro de sus escuderos. Aquellos que para semejante recaudo le parecieron muy sufficientes y les rogó se aparejassen, porque los quería imbiar al alcayde de Coýn y a sus hijos con un presente, en contracambio del que ellos le havían imbiado. Porque avía sabido como la hermosa Xarifa estava preñada. Los quales, apercebidos que fueron, los dentro en su guarda ropa, donde tenía aparejado lo que había de embiar y assí les dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Cavalleros, por mi amor que vays a Coýn de mi parte a visitar aquellos cavalleros y llevarles esto que aquí para ellos tengo aparejado.

Y mostrándoles lo que imbiarles quería, dixo:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Daréys de mi parte al alcayde de Coýn esta poquedad.

La qual era una ropa luenga hasta en tierra, de terciopelo aceytunicarchofado, afforrada [d,r] en martas. La qual era de muy grande valor y díxoles:

[RODRIGO DE NARVÁEZ].— Dezid al alcayde que esta le embío, no tanto por lo que vale, quanto por siempre que la vista se acuerde de mí. Assimismo visitaréys a la hermosa Xarifa y le daréys el parabién de su preñez. Y le diréys cómo en extremo me he holgado de saber que está en términos de acrescentar un tan valeroso linage. Y que les hago

saber que su esposo Abindarráez me embió por su rescate quatro mil doblas zahenes, las quales a ella yo embio en lugar de la dote, que quando se desposaron, Abindarráez darle devía. Y que le suplico las resciba de mi mano, como del más affectado servidor que tiene. Y assí se las daréys juntamente con estas dos pieças de terciopelo de colores que con otras muchas joyas de Génova embiaron al rey, mi señor, y él me hizo merced de ellas, para que ella, por mi amor, las lleve. También quiero que llevéys a Abindarráez este arnés traçando, pues en él se empleará bien, que es el mejor que se halla en Castilla. Y este capacete, que vale gran [d_{ij} v] precio, porque aliende de ser de los mejores que pienso que se han forjado en España, la guarnición de él, como veys, es riquíssima y de mucho valor. Y estos dos jaezes de la gineta, que yo dubdo los tenga mejores el rey de Granada. Y dezilde que se acuerde que en todo tiempo seré su amigo, no faltando a lo que principalmente devo. Y a todos ellos en general diréys que en Castilla no tenemos otras preseas que embiar a nuestros amigos. Que reciban este pequeño don, juntamente con la voluntad de quien lo embía, la qual si reciben en cuenta, es muy grande y cumplida.

Los es[c]uder[o]s²⁵ recibieron todo lo que Rodrigo de Narbáez, su alcaide, les dio. Y entendieron bien lo que les fue mandado por él. Y partiéronse con todo ello para Coýn. Y llegados que fueron allá, fueron del alcaide y sus hijos rescebidos con mucha alegría, sabiendo quién los embiava. Los escuderos dieron lo que llevavan a cada uno y dixerón lo que les fue mandado. Los quales lo recibieron con mucha voluntad, encareciendo mucho [d_{ij} r] las cosas de Rodrigo de Narbáez. Y embiándole las gracias, lo más cortésmente que ser podía allí por cartas como de palabra, a los escuderos dieron dos mil doblas para que entre ellos y sus compañeros las repartiessen, con otras muchas joyas ricas. Los quales con todo ello, pedida licencia, se bolvieron a Álora, donde dada cuenta a Rodrigo de Narbáez, su alcaide, quedaron entendiendo en hazer correrías en tierra de moros. Como antes solían prósperamente.

Fue impresso el presente libro, en la imperial cibdad de Toledo. En casa de Miguel Ferrer. Acabó se a doze días del mes de Octubre. Año de M.d.lxj.

25.- En el original: *eseuderns*.